

WENDY BARRÓN PINTO

NUTRIO

EL CUARTO MAGO

WDL  VERLAG

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Einheitsaufnahme

Barrón Pinto, Wendy:

NUTRIO, EL CUARTO MAGO

Con ilustraciones de José Luis Peláez Villarino

Wendy Barrón Pinto. - Hamburg: WDL-Verl., 2009

ISBN 978-3-86682-135-4

© 2009 WDL-Verlag

Dr. Dietmar Lütz

Layout: WDL-Verlag & JML-Design

Umschlag-Grafik: Johannes Lütz, JML-Design Berlin

Printed and bound in Germany

www.wdl-verlag.de

ISBN 978-3-86682-135-4

Índice

La Estrella de la Mañana	5
La espina de una flor	13
La promesa de mi padre	17
¿Quién soy?	25
El tesoro	27
El poder de las preguntas	33
El descubrimiento de Honorio	43
El tiempo y sus emociones	49
La sombra del Águila	55
Los tres regalos	68
El nuevo cantar	75
Día de la Primavera	81

Este cuento esta dedicado a los niños
de Life Center House en Camboya:

Motto, Champ Pai, Raks Mee, Sry Pom,
Sry Lynn, Viktor, Pait, Pan Ya, Dan,
Danno, Sry Too, Chee, Vousna, Samoan,
Long Tey, Sry Da, Mai Mai, Sry Moon

La Estrella de la Mañana

“Hasta que amanezca el día y salga el lucero de la mañana en sus corazones.”

Entonces los tres sabios preguntaron:

“¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos en el oriente su estrella, y hemos venido a adorarlo, ellos habían dejado su tierra y salieron en caravana hasta llegar a Belén, en la tierra de Judá, del pueblo de Israel. ¡Por que de ese lugar saldrá un Príncipe, un Guiador, que sería Rey y gobernará para siempre!”

Mi madre me ha contado esta historia real desde que nací, el nacimiento de un Rey que va a gobernar para siempre. Todos los días le recuerdo a ella que vuelva a contármelo.

Me llamo Nutrio, soy sólo un borrico, conocido también como asno o burro. Mi nombre podría ser igual a nutrir, que viene a ser algo así como un alimento que da fuerza.

Nunca le dije a mi madre que no encuentro nada de especial en mi nombre, pero algo rebuzna fuerte dentro de mi pecho, cuando de lo lejos escucho llamar mi nombre.

Cuando el niño Rey nació en Belén, yo aún estaba muy guardado en el deseo del corazón de mi madre. No había nacido aún, fué ella quien estuvo en ese establo y, junto a mi padre, vio envuelto en sencilla y blanca tela al pequeño niño.

Aquella noche con una brisa fresca y cielo iluminado, las arenas del desierto brillaban como fuego. Ya era tarde, la gente descansaba en sus hogares. El niño se encontraba rodeado de los más distinguidos animales del lugar, que estaban curiosos por verlo y se preguntaban:

— ¿Será verdad que es el niño más hermoso de todos los tiempos?

— ¿Lo viste? — preguntó mi madre a mi padre.

— No, esa vaca que está delante es muy ancha. Creo que iré delante de la ovejita de color negro — le contestó él.

Estaban presentes también algunas vacas, corderos, gallinas, creo que también un par de caballos, un par de patitos, incluso otros burritos del lugar.

Y entre ellos murmuraban:

— ¡Es un niño muy lindo, tiene los ojos en forma de almendras! Y, además, la boquita rojita como una manzana — dijo la gallina.

— No, Señora Gallina — habló el caballo — Permítame decirle que ya es hora de unos lentes. Los ojos del niño son como dos luceros que viajan por la noche y la boquita no la pudimos ver muy bien porque está en el seno de la madre.

Era toda una estrategia intentar mirar de cerca al recién nacido, todos estaban apretujados y se empujaban unos contra otros. Mi padre, que lleva de nombre Äkil, con esas cejas peludas y fruncidas, miró a mi madre y, algo molesto, le dijo:

— Gredel, soy yo el que debe estar cerca del niño. Yo debo estar delante, junto a él y junto a su madre y nadie me permite el paso.

De pronto, el padre del recién nacido llamó a Äkil que era el burrito que cargaría con el equipaje de la familia.

— Äkil ven, acercate. ¿Quieres conocer a nuestro hijo? — le preguntó el hombre al borrico curioso.

Él movió las orejas y lanzó un rebuzno digamos algo exajerado:

— ¡Hee-haw!



Con sus ojos en forma de botones y de orejitas grandes, observó al niño que estaba envuelto en una cunita de paja con aroma a racimos de palmeras. Al mirarlo, comprendió qué cosa era un lucero, pues aquellos ojitos trigeños del pequeño resaltaban entre las mejillitas rosadas y cabellos ondulandos.

En verdad se dice que no hubo otra noche tan inolvidable como esa noche.

Belén estaba preciosa. La Estrella Mayor, que había viajado por muchos días y que finalmente se colocó sobre Belén, ¡resplandecía! Fue por eso que no apareció la luna ya que la Estrella Mayor destellaba en el cielo.

Belén se veía más grande, más importante que las demás ciudades de Israel, todos en el lugar sabían que esa noche era inolvidable y que, a partir de ese momento, Belén sería recordada para siempre en todas las naciones del mundo.

Mi madre siempre recuerda esos momentos. Durante todos estos años, ella me lo ha contado tal cual lo estoy contando yo.

¿Les digo un secreto? Yo no sé porqué mi corazón siempre ha creído que también yo estaba presente esa noche en el establo junto a Ákil, mi padre, Gredel, mi madre y los otros animalitos del lugar.

Es verdad, yo no llegué junto con las ovejitas y sus pastores, a decir verdad, tampoco conocí a los Tres Magos que venían de El Oriente siguiendo a la estrella.

Aquellos conocidos y muy respetados Sabios traían regalos para el niño Rey que había llegado al mundo en el momento más preciso.

Mi madre siempre usa esa palabra:

— Nutrio, — dice con voz cariñosa — hijo mío, trata de ser siempre muy preciso en esta vida.

Por supuesto, ahora entiendo un poco más lo que significa ser preciso, suena como una palabra importante, y las cosas que de verdad importan en la vida son precisas. Pero yo preguntaba casi siempre, ¿qué significa de verdad ser preciso? Y cada vez ella lograba hacerme comprender un poquito más.

Hoy en día, de vez en cuando, pregunto por enésima vez y ella sigue respondiéndome con su dulce rebuzno de amor:

— Ser preciso es parecido a la lluvia que llega y moja cuando está haciendo mucho calor, pues lo hace en el tiempo adecuado, cuando es más indispensable, necesario, conveniente y exacto como un reloj de arena.

Así llegaron estos barbudos Magos desde el oriente. En el momento preciso.

Estos debían obsequiar al Rey que gobernaría para siempre con los regalos más significativos y precisos.

Y estos eran oro, incienso y mirra.

Yo, Nutrio, el burrito de Belén, no fuí preciso como los Sabios del Oriente que vinieron a adorar al niño Rey que acababa de nacer. No le entregué ningún regalo, tampoco le canté mi canción favorita, no tuve oportunidad de mostrarle mis dieciseis rebuznos diferentes.

Hmm... yo no estuve allí pero dentro de mí hay algo que me dice que sí, que yo también formaba parte de la comisión.

Mi corazón pareciera querer salir de su casa cuando imagino que yo también conocí a un rey, y no a un rey cualquiera, sino al Hijo de Dios, quien gobernaría para siempre... ¡Guao! Él sí que es un ser preciso.



La espina de una flor

“Otra vez lo diré: ¡Regocijaos!”

Llegó el día en que mi padre Äkil debía partir junto a la familia del niño que había nacido en un establo de Belén.

Todo fue muy rápido, mi madre Gredel y el amo Tymon estaban en la puerta de la ciudad despidiendo a los viajeros. Ellos no entendieron el porqué la prisa tan repentina.

Mi madre se acercó a mi padre que cargaba en el lomo las pertenencias de la familia y le dijo:

— Äkil, cariño mio, no sabemos dónde irás, no sabemos qué pasará, pero yo sé que nos volveremos a ver. Por favor, ten esta espiga de trigo que te recordará a la pradera que está cerca de tu hogar y que significa también que dónde tú vayas también irán mis pensamientos.

El nombre de mi madre, Gredel, significa perla. Así es mamá para mi, es un tesoro que guardo celosamente en el cofre de mi corazón.

Aquel día, ella también estaba un poco triste pero la espiga que le dio era la esperanza de que estarían juntos otra vez. Y seguro se reencontraría con mi padre algún tiempo después, pues yo debía aparecer también, salir del lugar en el que me hospedaba. Es decir, salir del deseo del corazón de mi madre.

Ahí estaba yo guardado, ansioso por brotar.

Ansiaba aparecer y ser parte de una historia pero debía nuevamente esperar el momento preciso.

Mi madre dice que despedir a mi padre Äkil fue para el amo Tymon muy triste.

Ella recuerda la conversación entre los padres del niño Rey y Tymon, conocido también como Tymon, el Correo Humano.

— Mi señor, este borrigo es mi mejor amigo, lo tengo desde que era pequeño. Es el compañero de mi vida, un incondicional compañero de mis viajes, él ha estado conmigo no sólo como un animal de carga o como ayuda en mis quehaceres, también conoce mucho de mi, como yo de él.

— Las personas dicen que los burros son muy obstinados y torpes pero yo digo que son más inteligentes de lo que aparentan y saben entender muy bien a las personas.

Pues por ello se llama Äkil, por lo listo que es, y despedirme de él me tiene cabizbajo.

Y Tymon continuó hablando pero como despidiéndose, expresó:

— Que el Creador los acompañe y que este burrito sea de ayuda por un largo tiempo y una bendición de nuestro Dios.

— Mi nombre es José — habló finalmente el hombre — padre de este niño y esposo de María. Soy un siervo de Dios, estoy obedeciendo Su voluntad. Debemos irnos de Belén hacia Egipto pero, no te preocupes, Dios volverá a cruzar tu camino con el de tu fiel amigo.

Tymon cogió como era de costumbre la gran cabeza de mi padre Äkil y abrazándolo le susurró:

— Amigo, tú sabes cuanto te quiero. Estoy agradecido a nuestro Dios porque me ha dado un amigo como tú, un compañero fiel. No importa en el lugar que estés, sé, como siempre, un fiel servidor. Entre lágrimas y sonrisas se despidió.

Entonces, José, María, el niño Rey y el burrito Äkil se marcharon junto a una caravana que viajaba para Egipto.



Äkil no era solamente un burro de carga, él quería y sentía ser un gran burro. Para él, era un privilegio. Ningún otro animal quería llevar en el lomo carga pesada, todos creían que es el peor trabajo y algunos que es una vergüenza pero para Äkil eso no tenía importancia. Dentro de su abundante pelaje donde se refugiaba su corazón, él ya sabía que para ese momento había nacido.

La promesa de mi padre

“Éste es mi consuelo en medio del dolor:
que tu promesa me da vida.”

Había pasado mucho tiempo desde que Äkil se había marchado de Belén, muchas lunas nuevas. Los meses de sol y los meses de frío servían de calendario a mi madre.

Como era ya una costumbre, al atardecer, los animales que vivían en el establo se juntaban bajo un árbol llamado Olivencio Robusto, después de terminar su jornada de trabajo.